# CAPITULO 1. La decisión

Aquel viernes de finales de julio del 89, el calor era la nota dominante en el aeropuerto de Barcelona. El calor y la huelga de los controladores españoles o franceses o los dos, que por aquellas fechas se disputaban el honor de fastidiar a Europa entera en sus vacaciones.

Rafa ya no sabía qué hacer con la corbata y con la chaqueta. Le sobraba todo, y sudaba por cada pelo una gota. Tenía un aspecto horrible. En el antiguo aeropuerto, la gente se agolpaba en espera de la salida de sus respectivos vuelos, pero sin llegar al caos, al desorden ni a la masificación. Parecía más bien un colegio electoral en día de votación con gran índice de participación, que un aeropuerto colapsado, en parte, por la huelga. Los mensajes por la megafonía del aeropuerto notificando incidencias y retrasos eran continuos. A pesar de todo, las personas que estaban allí lo tomaban con filosofía y paciencia; al fin y al cabo, quien más quien menos, se iba de vacaciones y todo aquello le afectaba menos.

Con todo aquel desbarajuste, encontrar un sitio libre para sentarse, estaba muy cotizado. Todo el mundo deseaba descansar, o sentar a sus hijos y cuando se ausentaban para ir a los abarrotados baños, dejaban algún objeto indicativo de que el sitio estaba ocupado. Por eso, cuando se oía por fin el anuncio por megafonía de la salida de algún vuelo se producía un doble alivio: por un lado, parecía que, aunque despacio, aquello iba marchando y por otro, se dejaban sitios libres para sentarse. Fue en uno de esos momentos, cuando Rafa pudo descansar y sentarse. Sólo había tomado un sándwich y una coca como almuerzo y entre eso, el calor y el cansancio de toda la semana, estaba con bastante sueño. Mientras esperaba el anuncio de la salida de su vuelo con destino a Palma de Mallorca, se sentó, con la suerte de que detrás, había una columna y también pudo apoyar la cabeza. Fue entonces, cuando empezó a pensar en el motivo que le había llevado al aeropuerto, el que le conducía a Palma, donde estaba su mujer, Mónica, y su hijo en compañía de toda la familia. Allí, le esperaban como siempre los amigos y familiares, el grupo de personas con los que había compartido los mejores momentos de sus vacaciones, paseando en barco, en la playa o celebrando juntos alguna cena o comida, durante los últimos 9 o 10 años, con el único pretexto de disfrutar.

De pronto, se dio cuenta que las cosas ya no eran igual, que algo había cambiado y que ese algo era él mismo. Por eso, había tomado la decisión que había tomado.

Estaba perdido en estos pensamientos, cuando de entre las muchas personas que había en el aeropuerto, descubrió a una rubia de ojos inmensos y azules como el mar, no muy alta, pero muy atractiva, de cintura estrecha y piernas bonitas. Estaba morena por el sol y se notaba que era una mujer con clase y dinero. Debía tener alrededor de los 25. La descubrió paseando por el lugar y sus miradas se encontraron casualmente un par de veces. Iba vestida de manera informal pero elegante; llevaba una camisa muy ligera de algodón o lino en tono hueso, una falda por encima de la rodilla haciendo juego y unos zapatos cómodos y elegantes. De pronto, se sentó a su lado y enseguida notó que quería entablar conversación con él.

En un momento dado, la rubia, le preguntó algo relacionado con un vuelo o con la hora y fue la excusa para entablar conversación. Al principio, de cosas insustanciales: el calor, la huelga, el retraso, las vacaciones...Poco a poco, se fueron cayendo bien. Era una chica abierta y simpática. Hablaba con un acento casi imperceptible y se notaba que estaba acostumbrada a viajar y a tratar con personas muy diferentes. Hablaba con soltura y un poco deprisa. Era educada, entusiasta y siempre miraba a los ojos, lo cual era una delicia. Rafa se fijó en sus labios: eran gruesos y rojos; sus dientes eran blancos y su sonrisa amplia y sincera; su perfume no lo pudo descifrar, pero era ligero, fresco y muy agradable. Pensó que esa mujer debía tener miles de moscones alrededor. Mientras charlaban, descubrieron que los dos viajaban a Palma y además en el mismo vuelo.

Se llamaba Marina, nombre que le venía perfecto por esos gigantescos ojos de color mar. Era medio italiana, medio española. Sus padres estaban separados desde hacía tiempo y ella venía a pasar unas vacaciones con unos amigos: "seguramente daremos la vuelta a las islas en barco. Ya lo hemos hecho otras veces y es estupendo". Le gustaba mucho el mar y todo lo relacionado con él: navegar, nadar, el sol, la playa... De hecho, le contó que venía de asistir en Italia a un campeonato de Aguas Bravas, en el que falleció su medio novio o novio entero, y venía a Palma a reponerse del batacazo e intentar olvidar un poco.

Fue entonces, cuando ella le preguntó si el motivo que le llevaba a Palma era pasar las vacaciones con su mujer. Ella fue la primera persona de este planeta a la que le confesó el motivo de su viaje:

- He venido a Palma a decir a mi mujer que nos divorciamos.

- ¿Ella sabe algo?, preguntó atónita después del bombazo.

- No, no sabe nada.

- ¿Tampoco se lo imagina?

- No.

- Pues vaya noticia que le vas a dar! Y tú cómo estás?

- Mal.

Marina, preguntó lo habitual en estos casos: cuántos años lleváis juntos, cómo os conocisteis, etc. Hablaban en voz baja. Rafa no quería que se notara que se acababan de conocer y la gente pudiera pensar que se la estaba ligando. La verdad, es que cualquier observador medianamente avispado, se habría dado cuenta que en todo caso, la que estaba ligando era ella. Rafa le contó, que era informático, que había trabajado en tales empresas y en tales otras, que estaba casado, que tenía un hijo, que conocía Mallorca desde hacía muchos años, que le encantaba, que también le gustaba viajar, que le gustaba la playa, el sol, el mar...Marina le escuchaba y él, necesitaba desahogarse, así es que comenzó por el principio tal y como le había pedido Marina. Le contó, cómo se conocieron.

Corrían los primeros meses del año 1979. Habían pasado ya diez años de todo aquello, pensó él mientras lo recordaba. En la empresa en la que trabajaba Rafa por aquél entonces, tenía un compañero con el que pasaba la mayor parte del día, dado que además de las horas normales, hacían horas extras, con las que se ayudaban económicamente. José Vicente, que así se llamaba, estaba rondando los 30 o tal vez, los treinta y pocos. Era por tanto, unos años mayor que Rafa, que por entonces debía rondar los 22 o 23. Aunque la diferencia en esos años se nota mucho, la verdad es que se llevaban bien. Tenían los mismos gustos aproximadamente: el fútbol (seguidores del Real Madrid), salir a tomar copas de vez en cuando con los amigos, etc.

Tapias, que así le llamaban todos porque era más corto, llevaba varios años en la empresa y era bien conocido por el resto de compañeros por su carácter afable y por su sentido del humor. Tenía un buen carácter, aunque un poco pobre de espíritu en lo que a ambiciones profesionales se refiere. Vivía con su madre en un barrio obrero de Madrid, San Cristóbal de Los Ángeles, en un piso modesto, como todos los de aquella zona. Tenía un hermano mayor, que trabajaba en Telefónica y gracias al cual, consiguió el trabajo que tenía y también una hermana, Elena. Su padre, que era médico, hacía años que había fallecido. Elena, trabajaba en la clínica privada de un dentista, como enfermera.

Tapias --que tenía muchos otros apelativos como Pitorro, Tapiasgorín, Tapiass-Tapiass-- tenía además otros dos íntimos amigos, de esos con los que no sólo tomas copas, sino que también, planificas tus vacaciones, juegas al tenis y todo lo demás. Se llamaban respectivamente Alfonso y Julio. Julito para los íntimos. Los dos eran economistas. Uno trabajaba en una empresa constructora y el otro, Julito, en las oficinas centrales de una cadena de hipermercados. Los tres, eran como los Tres Mosqueteros, iban juntos a todas partes. Los tres eran solteros y la mayor parte del tiempo, sin compromiso, por lo que cuando iban a algún sitio, iban de cacería. Básicamente, su vida transcurría entre el trabajo, tomar copas y ligar.

Julito, no es que fuese feo, es que tenía el cuerpo raro. Andaba raro, se movía raro y en general era bastante rarito en todo, incluyendo sus ideas y comportamientos, que eran algo más profundos que los de sus otros dos colegas. Alfonso, no. Alfonso era el señorito del trío. Era el que hacía de avanzadilla para ligar porque además de ser el más alto, era el que tenía más clase, tenía más soltura al hablar y vestía mejor y además, le lucía mejor. En fin, era el cebo ideal. Los tres, solían frecuentar sitios de moda para ligar con tías inaccesibles y claro, la mayor parte de las veces, no se comían un colín.

Mónica, que también trabajaba en la misma empresa que Julito, tenía a su vez entre sus amigos, no sólo a Julito, sino también a Elena y Carmen, compañeras de trabajo en otros departamentos y todos solteros.

Un día cualquiera, Mónica le dijo a Julito que por qué no salían todos juntos a tomar unas copas y así lo organizaron. Quedaron en un pub muy conocido, enfrente del Santiago Bernabéu y allí se presentaron Tapias, Alfonso y Julito, por un lado, y por el otro, Mónica, Elena, Carmen…y la hermana de Elena, Mari Cruz, con la que no se contaba, pero que al vivir juntas, se apuntó a la fiesta. Ante la situación de desigualdad entre chicos y chicas, Tapias, llamó a Rafa a su casa para intentar que fuesen pares, pero no estaba. Así es que, pasaron la tarde por ahí juntos y luego por la noche, Tapias volvió a llamar a su amigo y compañero.

Le contó que habían estado con unas tías tomando copas y charlando. Que se lo habían pasado bien y que como había una de más, habían decidido quedar al día siguiente todos juntos otra vez, pero en esta ocasión con él, con Rafa, para ser pares. Al día siguiente, domingo, Rafa se sumó al grupo y apareció por el pub La Rana Verde. Después de las presentaciones, le llamó la atención una de las chicas. No era especialmente atractiva, pero tenía algo diferente; el caso es que se puso a charlar con Mónica. Fue ella, quien le puso al día en las relaciones que unían a todo el grupo y se sorprendió mucho cuando dijo que era de Palma de Mallorca. No entendía muy bien porqué alguien que tenía a su disposición vivir en Palma de Mallorca, decidía venir a vivir a Madrid.

Mónica, era pequeñita, delgada, sonrientey con el pelo rizado. A pesar de su juventud, vestía de una manera inusualmente clásica para una chica de su edad. En Palma, sus padres, de origen catalán, le habían proporcionado una educación ligeramente distinta a la del resto, por su posición económica, también más desahogada. Educación que incluyó un año de estudios en Suiza, en un internado para señoritas.

Su padre, había sido el primer Director de Hotel de Las Baleares, con la carrera de Hostelería y además en la escuela de Estrasburgo, una de las de mayor prestigio en su género en Europa, lo que unido a sus dotes personales, le proporcionó un nivel de vida ligeramente superior a la media.

Al parecer, las relaciones entre Mónica y su padre no eran muy buenas precisamente. El carácter dominante y exigente del padre agobiaba al espíritu más débil y sensible

de Mónica, sin tantas ambiciones. Esa inseguridad y los continuos desalientos del padre, le acarrearon serios problemas de personalidad y algún que otro trauma, como por ejemplo, que era más tonta que la media y que no servía para estudiar. Por eso dejó los estudios a los 14 años y se dedicó a formarse para ser Secretaria, perfeccionando el francés. Trabajó una temporada en el Aeropuerto de Palma, atendiendo las reclamaciones de los pasajeros, pero lo tuvo que dejar, porque era un trabajo muy estresante para ella.

Entre eso, las relaciones con su padre, el microcosmos que es en sí Palma de Mallorca y un sinfín de factores más, le indujeron a tomar la decisión de trasladarse a vivir a Barcelona. Al principio intentó encontrar un trabajo por sí misma. Estuvo viviendo en casa de unos tíos, pero luego, se trasladó a una Residencia de monjas, para tener un poco más de libertad. Luego, al ver que no obtenía trabajo, su padre echó una mano y le consiguió uno.